

Durante muchos años, después de comulgar, al terminar la Misa, salía rápidamente de la Iglesia como si lo que había vivido no fuera importante. De hecho, no le daba ninguna relevancia. No comprendía que regateaba tiempo a Dios. Era un tiempo egoísta porque no dejaba que Dios abrazara mi corazón mientras le daba gracias o le pedía por esa o aquella intención. No entendía tampoco que, en ese momento, mi alma estaba llena de gracia. Y era incapaz de deleitarme con este acto de fe. No era capaz de saborear las oraciones y devociones personales al concluir la Eucaristía con el Señor en mi interior. No asumía que Jesús Eucaristía no sólo me acompañaba en mi peregrinación al Paraíso llenándome de ánimo, de fuerza, de alegría, de valor... sino que también sembraba en mi interior un poco de ese Cielo prometido, con Él sufriente y glorioso anidando en mi.

Ahora me entristezco cuando tras la Misa, el templo se queda vacío. Hay prisas por salir. Por ir a saludar a este o aquel. Y Cristo queda atrás. Y, ¡el Señor permanecerá en ti, después de comulgar, todo el tiempo que tu quieras, sólo depende de ti!

Muchas veces me he planteado lo molesto que me siento cuando estoy hablando con alguien y no me presta atención, o cuando en una tienda me atienden de cualquier manera, con desinterés y poca diligencia. No creo que al Señor le vinieran las prisas, ni tan siquiera un segundo de su tiempo, ese viernes santo en el que se dirigía al Calvario portando esa Cruz que nos redimirá del pecado.

No ahorres nunca tiempo al Señor después de la Eucaristía. Es el momento más importante del día. Ve sin prisas, con la generosidad y la devoción de quien ha sentido que el Amor auténtico sólo sabe darse.

¡Gracias, Señor, porque me puedo presentar cada día ante Ti, con mi miseria y pecado, y me amas tal y como soy! ¡Gracias Señor, porque cada día puedo llenarme de tu presencia en la Eucaristía, donde me entregas tu vida en el pan y el vino!
¡Gracias, Señor, porque me haces en la Misa diaria uno contigo, me puedo unir a Ti, y entregar también mi vida!
¡Gracias, Señor, por tu infinito amor hasta el punto que diste tu vida por mí! ¡Gracias, Señor, porque me das la vida y me permites que cada día sea un motivo para preparar, celebrar y compartir la Eucaristía! ¡Aumenta mi fe, Señor, y por medio tuyo y del Espíritu Santo permíteme llegar al Padre para darle un Si unido al tuyo! Amén